

*Conocer*  
*Valladolid*

III Curso de patrimonio cultural  
2009/10

# Conocer Valladolid

III Curso de patrimonio cultural  
2009/10



REAL ACADEMIA DE  
BELLAS ARTES DE LA  
PURÍSIMA CONCEPCIÓN



Ayuntamiento de **Valladolid**

Este volumen reúne las contribuciones científicas presentadas al III Curso “Conocer Valladolid”, celebrado en la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid, en noviembre de 2009

© de esta edición: Ayuntamiento de Valladolid

© de los textos: sus autores

*Carlos Sanz Mínguez, José Ignacio Herrán Martínez, Lucio Mijares Pérez, Pascual Martínez Sopena, María Antonia Fernández del Hoyo, Francisco Javier de la Plaza Santiago, Manuel Arias Martínez, José Ignacio Hernández Redondo, José Carlos Brasas Egido, José Delfín Val, Anastasio Rojo Vega, José López Calo.*

© de las fotografías: sus autores o propietarios

Depósito Legal: VA-725/2010

I.S.B.N.: 978-84-96864-52-8

Impreso en España. *Printed in Spain*

Edita: Ayuntamiento de Valladolid

Diseño y maquetación: dDC, Diseño y Comunicación

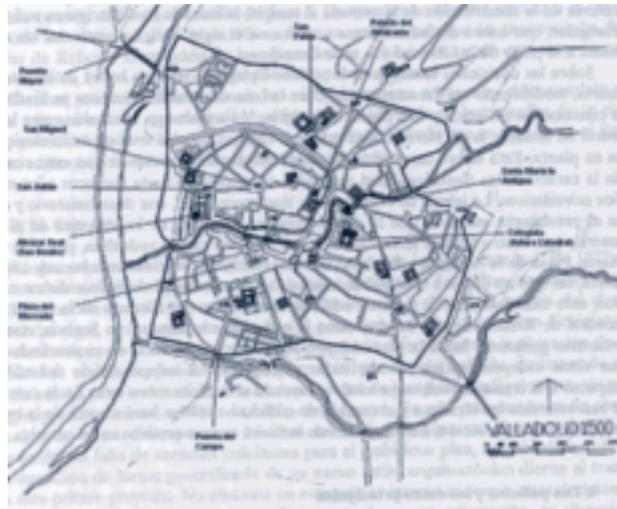
Imprime: Imprenta Municipal



# L

## La plaza de San Miguel y la ciudad medieval

Pascual Martínez Sopena  
[CATEDRÁTICO DE HISTORIA MEDIEVAL  
DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID]



*Valladolid 1500  
rotulada; a partir de  
José Luis Sáinz Guerra,  
Cartografía y ciudad*

### **Introducción**

Esta conferencia llega acompañada de un pequeño dossier donde se describe el plan de exposición y se relacionan una docena de libros que pueden proporcionar nuevos conocimientos a los interesados. También se ofrecen algunos textos como base para diversos comentarios (las imágenes serán otro



punto de apoyo), y, en fin, se incluye una reconstrucción del plano de Valladolid hacia 1500, esto es, al final de la Edad Media.

El plano de 1500 proviene de una de las obras citadas en la bibliografía. En concreto, del estudio donde José Luis Sáinz Guerra prestó en 1990 su mirada de urbanista a la historia de la ciudad

Es un trabajo documentado, muy útil y, como no puede ser de otro modo, hipotético en numerosos aspectos<sup>1</sup>. Antes de él, muchos otros autores habían aportado sus visiones propias. Así, desde una perspectiva que también tenía mucho de mirada de urbanista, Juan Agapito y Revilla había publicado en 1937 su admirable nomenclátor, persuadido de que “las calles son la vida de los pueblos”<sup>2</sup>. En cambio, los estudios de Bartolomé Bennassar y Adeline Rucquoi fueron obra de historiadores en el sentido clásico del término, es decir, de estudiosos familiarizados ante todo con los documentos de carácter público y privado que atesoran los archivos<sup>3</sup>. Por su parte, la preocupación por la historia de la ciudad desde la óptica de su inmenso patrimonio arquitectónico –y decir preocupación no es gratuito tratándose de Valladolid–, queda reflejada en estudios como los de Luis Mingo y Jesús Urrea –a los que luego se aludirá–, que han venido a continuar la inmensa tarea de Juan José Martín González<sup>4</sup>. Pero además, desde el umbral de los años 1990 se está abriendo paso una nueva mirada, la arqueológica. Lo ponen de relieve la obra colectiva que coordinaron Germán Delibes, Eloísa Wattenberg, Zoa Escudero

---

<sup>1</sup> J. L. Sáinz Guerra, *Cartografía y ciudad* (la ficha bibliográfica de las obras citadas en ésta y las demás notas a pie de página figura al final del artículo). Para facilitar la lectura del plano, se han identificado algunos de sus elementos. Dentro del primitivo recinto fortificado, se señalan las iglesias de San Julián y San Pelayo/San Miguel, que se situaba en la plaza de este nombre; la calle que une ambas viene a ser la actual del Doctor Cazalla; al oeste del recinto, dominando el Pisuerga, se ve el convento de San Benito el Real, y al Este se aprecia la situación del palacio del Almirante de Castilla. Otros puntos de referencia para el observador actual son el Puente Mayor y el convento de San Pablo, la iglesia de la Antigua y la colegiata de Santa María (de la que quedan importantes ruinas al lado de la catedral), la “Puerta del Campo”, que corresponde a la zona donde la calle Santiago sale a la Plaza de Zorrilla, así como la plaza del Mercado (donde hoy se halla la Plaza Mayor).

<sup>2</sup> J. AGAPITO Y REVILLA, *Las calles de Valladolid*.

<sup>3</sup> B. BENNASSAR, *Valladolid en el Siglo de Oro*; A. RUCQUOI, *Valladolid en la Edad Media*.

<sup>4</sup> Para este estudio se han utilizado varios de sus trabajos; en concreto: J. J. MARTÍN GONZÁLEZ, “Dibujos de monumentos antiguos vallisoletanos; ID., *Valladolid en sus monumentos*; ID., “La ciudad monumental entre 1939 y 1986”; ID. *Arquitectura y urbanismo de Valladolid en el siglo XX*. El patrimonio arquitectónico y mueble de la ciudad fue objeto de tres de los tomos del magno catálogo provincial dirigido por él. JESÚS URREA, *Arquitectura y nobleza. Casas y Palacios de Valladolid*. L. A. MINGO y J. URREA, “La antigua iglesia parroquial de San Miguel en su plaza de Valladolid.



y Jesús del Val, el estudio de Miguel Martín Montes sobre el alcázar real –que estuvo donde había de alzarse el monasterio de San Benito–, o la reciente historia de la ciudad en que historiadores y arqueólogos han trabajado coordinados por Javier Burrieza<sup>5</sup>.

Antes de seguir, les diré que deseo recordar con este trabajo a Juan José Martín González, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Valladolid y Académico de la Real de Bellas Artes y de esta casa, que falleció el pasado mes de julio. Hace ahora 40 años, al menos tres de los presentes habíamos comenzado el primer curso de Filosofía y Letras en nuestra antigua universidad. Su clase era la primera del día tres días por semana. Llegaba a paso de carga, nos hablaba con la claridad de quien está acostumbrado a escribir manuales, y nos trataba con el respeto distante que, por si acaso, requieren 150 jóvenes desconocidos. Aunque, para quien les habla, esto es sólo una impresión superficial. A fuerza de andanzas que sería largo de contar, hoy siento que el hombre de aire marcial que se llamaba Juan José Martín González fue el primer profesor que me consideró un universitario. Y aclararé que cuando digo “universitario”, intento reunir en una sola palabra lo mejor que he vivido y el paisaje donde lo he vivido. Hoy celebro lo mucho que debo a maestros que, como don Juan José Martín González, trabajaban arduamente y dedicaban tiempo y ganas a enseñar y a animar redes de convivencia entre los estudiantes a partir del deporte, la música y, sobre todo, la propia tarea intelectual dentro y fuera de las aulas. Yo disfruté de casi todo: pero, de tener que elegir, me quedaría con las muchas excursiones que sus ayudantes y él mismo condujeron tantos domingos. Tuvieron algo de mágico.

---

<sup>5</sup> G. DELIBES, E. WATTENBERG, Z. ESCUDERO, J. M<sup>a</sup> DEL VAL (coords.), *Arqueología urbana en Valladolid*; M. MARTÍN MONTES, *El alcázar real de Valladolid*; J. BURRIEZA SÁNCHEZ (coord.), *Una historia de Valladolid*.



## La evolución del espacio en la Edad Media

### *La incertidumbre del principio. La primera cerca*

Las noticias sobre Valladolid no son anteriores al final del siglo XI y, cuando aparecen, muestran una especie de bipolaridad. Es decir, que había dos núcleos. Uno de ellos debió articularse entre las iglesias de San Julián y San Pelayo (la que luego se llamaría San Miguel), y estaba en buena medida ceñido por una de las Esguevas. El otro, que se sitúa a oriente de ese mismo brazo de agua, tiene como centro la colegiata dedicada a Santa María –tradicionalmente se llamaría “La Mayor”–, que el conde Pedro Ansúrez, señor del lugar, dotó en 1094.

El sector de las iglesias de San Julián y San Pelayo debió ser rodeado por un muro o “cerca” en la segunda mitad del siglo XII. Apenas hay vestigios de estas defensas en la zona donde la calle Esgueva va a dar en la de las Angustias y se prolonga hacia la plazuela del Rosarillo.

Para entonces, el poder del rey se había asentado firmemente en Valladolid, sustituyendo a los condes de Urgel, herederos de Pedro Ansúrez. El primitivo alcázar de la ciudad debe datar de la misma época. Según lo que sabemos y los restos que se muestran en una esquina de la plaza de Poniente, su planta recuerda fortificaciones coetáneas como el castillo de Uruña. Si, de acuerdo con algunos autores, este recinto llegó a abrazar una superficie de 20 ha., es patente que el Valladolid intramuros había alcanzado una considerable superficie hacia 1200. Tanta como la que encerraba el viejo recinto romano de León, la capital del vecino reino.

### *Los dos núcleos de la ciudad. Su evolución diferencial y la “cerca nueva” (hacia 1300)*

Pero hacia esas fechas, la villa también había crecido considerablemente fuera de los muros. La colegiata fundada por Pedro Ansúrez –que para estas fechas era una orgullosa institución que sólo tenía sobre sí la autoridad del papa, tan indiscutible como lejana–, articulaba un espacio que incluía la cercana iglesia de Santa María “la Antigua” y la calle “de francos”: es decir, la actual calle Juan Mambrilla era su foco más activo, pues funcionaba a modo de eje comercial. Aunque para esas fechas la actividad mercantil tenía otro polo de referencia: la plaza



del mercado, emplazada donde hoy está la Plaza Mayor. Allí, como reza una lápida, fue proclamado rey de Castilla el joven Fernando III en 1217.

Entonces e incluso más tarde, la imagen de Valladolid se podría resumir en un recinto cercado y una colección de “pueblas” exteriores, que todavía no conforman un espacio continuo y tienen variable envergadura. A las que circundan la Colegiata y el mercado cabe añadir otras arracimadas alrededor de la iglesia correspondiente, como San Martín o San Nicolás.

Por lo tanto, de los dos núcleos que se distinguían al filo de 1100 se ha pasado a una aglomeración compleja y todavía discontinua cuando media el siglo XIII. A fines de la centuria, se proyecta una nueva muralla para el conjunto. Se sabe de su construcción en los difíciles años en que María de Molina fue regente del reino al mismo tiempo que señora de Valladolid, es decir, alrededor de 1300. La nueva cerca, cuyo perímetro acogerá más de 100 ha., deja fuera algunos elementos urbanos –como el convento de Santa Clara, el barrio de San Pedro o el propio palacio de la reina, destinado a convertirse en el monasterio de las Huelgas. Pero la mayor parte del área urbana y urbanizable, comenzando por los barrios meridionales, que son ahora su zona más dinámica, quedan dentro del nuevo perímetro defensivo.

### *Dentro de la “cerca vieja”: ¿Un área depauperada en el siglo xv?*

En cierta forma, subrayar el dinamismo de esta amplia zona meridional –que acoge las iglesias de Santiago, el Salvador o San Esteban, el convento de San Francisco o el flamante Estudio, germen de la Universidad–, supone marcar una diferencia de grado respecto a la zona rodeada por la que ya es conocida como la “cerca vieja”, esto es, el núcleo amurallado del siglo. ¿Es razonable hacerlo? Conviene tener en cuenta ciertos parámetros.

Uno de ellos es que el interior de la “cerca vieja” era un espacio necesitado de reordenación, de lo que se hacen eco las fuentes de comienzos del siglo xv. Aún perdida su función defensiva, la “cerca vieja” subsistía; era una especie de corsé en el centro de Valladolid. Su demolición (y el consiguiente cambio de decorado), fue objeto de un plan del que nos han quedado expresivos testimonios: entre ellos, cómo se desarrolló en el área donde había de edificar su palacio el almirante Alfonso Enríquez. Por ser miembro de la familia real Trastámara y por sus hechos de armas, este personaje ejerció como hombre de corte desde 1387 hasta su muerte, cuarenta años después, y fue honrado con el título de “Almirante de Castilla”, que uno de los cargos más honrosos y rentables del reino.



Palacio  
del Almirante;  
Urrea, Arquitectura  
y nobleza.

Se conserva alguna referencia gráfica del palacio, que desapareció para dar paso al edificio del Teatro Calderón.

Su aspecto recuerda las fachadas de los conventos de Santa Clara de Astudillo y Tordesillas, que fueron palacios regios antes de albergar a las religiosas. Pero, ¿cómo se llevó

adelante el plan mencionado? Me he referido en otra ocasión a que el Almirante y su mujer, Juana de Mendoza, adquirieron entre 1409 y 1420 numerosos solares en el centro de la villa. Tuvieron que negociar con la Colegiata de Santa María, consiguieron una generosa cesión de suelo municipal, y compraron otras parcelas menores. Gracias a lo cual no tuvieron que pagar por todo, pero lo que pagaron les supuso un notable desembolso: casi 100.000 maravedíes. Pero a cambio se convertían en dueños de un vasto espacio, que hoy hubieran delimitado aproximadamente las calles de las Angustias, Rosario y Leopoldo Cano<sup>6</sup>.

Las obras de construcción del palacio fueron rápidas, de suerte que el Almirante pudo referirse en su testamento de 1426 a “las casas mayores de Valladolid con su torre y con su plaza”; tales casas tenían el suficiente ornato como para alojar en 1428 el rey Juan II. Ahora bien, lo que había hecho principalmente el Almirante fue beneficiarse de una política municipal, es decir, de una concesión gratuita de suelo que amplió con sus propias inversiones. Como se adelantaba, la “cerca vieja” era, a juicio de los regidores, el principal factor de que una amplia zona del centro urbano estuviese degradada y despoblada. Había que sanear y revalorizar ese contorno. Lo llamativo del caso es que la fórmula que se les ocurrió a los regidores –los miembros del gobierno municipal–, para llevar adelante algo tan oportuno fue lotificar el viejo perímetro y repartírselo entre ellos mismos. Alfonso Enríquez, que contaba con un grupo de parciales en el gobierno, pidió entrar en el reparto. Para ello, hizo valer los favores que ya le debía la villa en la corte real y se comprometió vagamente a seguir apoyando sus demandas. Según los regidores de Valladolid, era suficiente; así lo hicieron constar en el acta de entrega del solar, donde se felicitaban del “ennoblecimiento” que la villa iba a experimentar con la obra prevista por el Almirante.

---

<sup>6</sup> P. MARTÍNEZ SOPENA, “La ciudad medieval”, en BURRIEZA, *Una historia de Valladolid*, p. 153.



*Convento den Santa  
Catalina en la calle de  
Santo Domingo, PMS.*

Como se ha adelantado, lo que consiguió el almirante de Castilla no es insólito. La política municipal de privatización del suelo urbano en esta zona de la villa benefició a distintas personas e instituciones. Gracias a ella, el monasterio de San Benito pudo ampliar su huerta y sus dependencias entre 1401 y 1420 a costa de calles públicas, del muro y sus portillos. Queda documentado que, al igual que Alfonso Enríquez, los regidores Mondison Bernal, Pedro Rodríguez Manso, Lope Rodríguez, Pedro Arnalte y Juan Sánchez Despensero obtuvieron en 1410 la propiedad de sendos tramos de la “cerca vieja”, que también estaban cercanos a sus propiedades o desde los que las ensancharon; otros tramos pasaban a manos de la Colegiata de Santa María o de Rodrigo de Perea, hermano de un nuevo regidor. Casi todas las operaciones conocidas se sitúan entre la Puerta del Baho –en la calleja del mismo nombre que sale a las Angustias– y la Costanilla –donde está la calle Platerías–, pero la graciosa donación del municipio a Rodrigo de Perea, de quien se ponderaba que era camarero del rey, hermano del regidor Juan de Perea, y natural de Valladolid, quedaba tras la iglesia de San Julián<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> Rucquoi, *Valladolid en la Edad Media*, II, pp. 131-135. En realidad, toda la cerca vieja debió ser repartida del mismo modo. Indirectamente, se sabe que también se benefició del hecho don Pedro Niño, que era a la sazón corregidor de la villa (es decir, el máximo representante del poder real en Valladolid). Pedro Niño, conde de Buelna, fue además el corsario castellano más notable de la época. También se sabe que sobre la “cerca vieja” se habían construido las casas del conde de Osorno y de los Quiñones; en esta caso, la noticia se contiene en una respuesta a las quejas por la construcción del palacio de los condes de Benavente a comienzos del siglo XVI.



Es muy probable que esta colección de hechos se extendiera al interior del perímetro antiguo, renovando profundamente un espacio avejentado. Del mismo modo que se expansiona el monasterio de San Benito, el siglo xv conoce el establecimiento de los beaterios de Santa Catalina de Siena y de Santa Isabel de Hungría, fundados respectivamente en pro de las terciarias dominicas y franciscanas, así como la del convento de San Agustín.

Igualmente, la fotografía de algún palacio desaparecido –por ejemplo, el que perteneció a los marqueses de Frómista en la plaza de San Miguel–, recuerda su construcción a fines del siglo xv<sup>8</sup>. Y, como habrá ocasión de ver enseguida, también la propia iglesia de San Miguel fue rehecha en este momento.

Este cúmulo de datos justificaría la valoración de Agapito y Revilla que, de forma expresiva y un tanto ruda, calificó este área como “la más linajuda” de Valladolid. Pero sería erróneo pensar que el siglo xv sólo inició la conversión del sector más antiguo de la villa en un escaparate de conventos y palacios. Cientos de familias de menestrales vivían en este recinto. Nuestra principal fuente de información son los datos del alarde de 1503, que ofrece una interesante perspectiva sobre la población de la villa y su tierra.

El alarde era una revista militar anual, establecida por Alfonso X el Sabio en 1255, que convocaba a los hombres de la villa en edad de tomar las armas. Para la ocasión, un total de 1.524 vallisoletanos se juntaron en la Puerta del Campo, cada uno con los de su cuadrilla. Pues el espacio urbano se dividía en catorce cuadrillas; éstas eran agrupaciones de carácter fiscal, además de militar, y habían nacido en el siglo xiii. Tres de ellas, las llamadas “de Rehoyo”, “de la Cuadra” y “del Saúco”, se repartían el área (ya virtual) de la “cerca vieja”<sup>9</sup>. Si se atiende a los efectivos que se contaron de ese día, la suma de las tres cuadrillas representaba el 14 % del vecindario. Con 21 asistentes, la cuadrilla de “La Cuadra” fue la menos concurrida de toda la villa, pero cada una de las otras dos aportó alrededor de un centenar de hombres.

---

<sup>8</sup> URREA, *Arquitectura y nobleza*, p. 274.

<sup>9</sup> El barrio de Rehoyo se identifica en sentido restringido con la zona situada al oeste de San Benito el Real; conviene tener en cuenta que la ampliación del convento en el siglo xv incorporó algunas de sus calles; quizá integraba también las calles que rodean el monasterio y siguen en dirección a la actual San Quirce. La calle del Conde de Ribadeo, que tuvo un aspecto muy diferente hasta los años 1960 parece haber recibido antes ambos nombres “de la Cuadra” y “del Saúco”, lo que induce a confusión (ver nota siguiente).



En todo caso, ¿qué gentes eran? Entre los 92 individuos de la cuadrilla del Saúco se conoce la profesión de 71; predominaban sastres, zapateros y pellejeros, pero se documenta la práctica de 29 oficios más; unos pocos eran labradores y otros estaban al servicio de algún rico hombre: así cierto Alonso de Requejo, que era “criado del Almirante” y debía trabajar en su cercano palacio. Algo parecido se ve en la cuadrilla de Reoyo, donde se conocen las 37 profesiones de 81 de los alistados (la cifra total fueron 104). De nuevo los sastres ocupan el primer puesto, pero había aquí un número significativo de mercaderes, sombrereros y, de nuevo, criados (entre ellos, uno del conde de Ribadeo, cuyas casas también se hallaban en las cercanías).

Si se pretende estimar el número de vecinos de Valladolid, los datos del alarde deben ser tomados con sumo cuidado; además de los exentos por ser pobres, había exenciones que privilegiaban a colectivos enteros, como a los miembros de la Universidad y al personal de la Real Chancillería. Por otra parte, alguna nómina coetánea de artesanos (en concreto, hay una del gremio de plateros fechada poco antes), multiplica por tres el número de artesanos del oficio respecto a los que fueron identificados como tales en el alarde. Es plausible que a comienzos del siglo XVI se hubiera relajado el cumplimiento de la tradicional obligación militar. En términos absolutos, quizá no acudía ni la mitad de los convocados. Pero cabe una valoración relativa, y en ese sentido puede decirse que esta zona, que representaba casi el 20 % de la superficie de la villa, aportó una proporción de efectivos bastante menor. No parece que el área de la “cerca vieja” tuviera tanta población como otras. Aunque quizá eso indique que había espacios particulares más extensos; en definitiva, esto se podría relacionar con una intensa renovación del barrio, que albergaba un número creciente de palacios y conventos<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> S. ALVAREZ BEZOS y A. CARRERAS ZALAMA, *Valladolid en época de los Reyes Católicos*. Estiman que el alarde registró a todos los vecinos de 18 a 60 años (salvo los exentos), y los dividen en dos grupos (los que tienen oficio conocido –y cuál es–, y los que no). Pero ya se ha comentado que debieron faltar muchos de los convocados; por otra parte, los autores no justifican por qué consideran “personas sin profesión” a muchas que son apellidadas en las listas precisamente por el oficio que desempeñaban. De acuerdo con su razonable opinión, la cuadrilla del Saúco comprendía al vecindario del contorno de la plaza de San Miguel y de las calles que iban en dirección a la Costanilla [Platerías], mientras la cuadrilla de la Cuadra estaba formada por quienes vivían más cerca de la actual calle de las Angustias.



## Imágenes intramuros. De ayer a hoy

Continuaremos en este mismo espacio, y lo seguiremos definiendo como un área intramuros. Aunque los muros desaparecieran de la vista, muchas veces continuaron sosteniendo los edificios que los habían sustituido. Su impronta en el plano ha sido aún más duradera, sobre todo a lo largo de la calle de las Angustias.

### 2.1. Entre las vistas del siglo XVI y fines del siglo XVIII

Al comenzar esta segunda parte de la exposición se acentúa el tono evocador. Hablar del casco histórico de Valladolid es referirse muchas veces a lo que fue y no es. ¿Qué podemos conocer de ello? De entrada, les propongo una rápida colección de imágenes que tratan de las primeras vistas y planos de la ciudad entre los siglos XVI y XVIII, y que ponen en valor los trabajos llevados recientemente a cabo en el viejo recinto, y en particular en la plaza de San Miguel. Adelantaré que esta zona de la ciudad queda relativamente oculta en muchos de los testimonios que disponemos.

Las vistas y planos del Valladolid histórico no son tan antiguos como los de otras ciudades europeas. Es –añadamos–, un dato común en España, salvo contadas excepciones. De todas formas, la villa mereció uno de los grabados del famoso Atlas de Braun y fue dibujada por Antón van den Wyngaerde. El siglo XVI tardío, por tanto, proporciona las dos primeras imágenes de Valladolid. El plano de Ventura Seco (1737), constituye el tercer hito de una historia gráfica que antes de finalizar el siglo XVIII suma el trabajo de Antonio Ponz.



Interpretación  
de la Vista de Braun  
por José Luis Sáinz  
Guerra, Cartografía  
y ciudad.

José Luis Sáinz Guerra ha sido el estudioso más sensible a esta serie cartográfica. Entre los múltiples aspectos de su trabajo llama la atención el contraste que ha conseguido establecer entre la vista de Braun y el plano actual de la ciudad.

En su opinión, la vista se tomó desde las cercanías de la ermita de San Isidro. Las torres de numerosas iglesias



destacan en el panorama urbano. Pero sólo cabe identificar la llamada torre “vieja” de San Benito dentro del perímetro de “la cerca vieja”. “La ausencia de otras iglesias como San Julián, San Miguel y San Pelayo [sic] –escribe el autor–, son perfectamente justificables a causa de su reducido tamaño y su lejanía con respecto al observador”<sup>11</sup>. Cabe puntualizar que entre la primitiva torre de San Benito –que desapareció poco después de hacerse este dibujo, siendo sustituida por la que conocemos–, y el conjunto de torres de la colegiata, la Antigua y San Esteban, se distinguen varias torres de menor alzada, que quizá correspondieran a alguna de las iglesias más viejas o de los palacios que se elevaban en la zona más antigua de la ciudad, como el del Almirante, que en el siglo xv estaba torreado.

Al comentar la precisión con que Van den Wyngaerde retrató Valladolid desde la Cuesta de la Maruquesa, José Luis Sainz Guerra señala que entre los múltiples edificios identificados o identificables se hallan algunos del casco antiguo de la ciudad. Cita el Palacio donde nació Felipe II, los conventos de San Quirce y Santa Catalina, y la capilla de los condes de Fuensaldaña, aneja a San Benito. No son muchos, y sobre todo sólo estos dos corresponden al viejo perímetro. Como en los tiempos actuales ha sucedido con la ciudad moderna, parece que la ciudad del umbral de 1600 también había hecho “enmudecer” los vestigios de la antigua<sup>12</sup>.

El plano de Ventura Seco es una obra admirable. A principios del xx, fue calcado por orden de Juan Agapito y Revilla, con una calidad suficiente como para que sea habitual no identificar el original y la copia, de lo que conviene advertir. Sáinz Guerra destaca sus múltiples efectos y respecto al área de la “cerca vieja”, escoge dos conjuntos: el conventual que formaban San Benito con San Agustín y su colegio de San Gabriel, más Santa Catalina de Siena, y el civil de la plaza del Rosario con las calles del Bao, los Niños de la Doctrina y de la Cuadra, que confluyen en ella.

El estudio de la calle de la Cuadra (la actual del conde de Ribadeo) proporciona una reflexión de gran interés. El autor compara la información del plano de Ventura Seco con la del Catastro de Ensenada (1752), la gran obra del principal ministro de los tiempos de Fernando VI. Es un ejercicio sobre la limitación de las fuentes que manejamos. Pues llega a la conclusión de que el Catastro no se hizo con el cuidado de otras ciudades, y que el plano redujo las casas estrechas

<sup>11</sup> SÁINZ GUERRA, *Cartografía y ciudad*, pp. 25-29 (cita de p. 29).

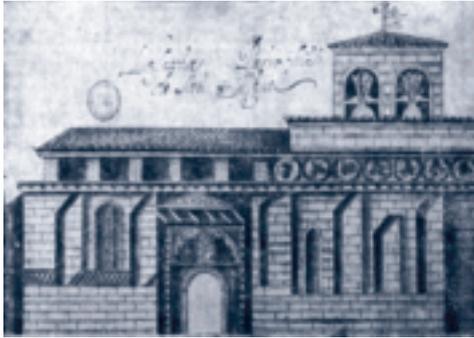
<sup>12</sup> ID., *ibidem*, pp. 40 y 42



Calle de la Cuadra-  
Conde de Ribadeo y  
plaza del Rosarillo en  
el plano de Ventura  
Seco; procede de José  
Luis Sáinz Guerra,  
Cartografía y ciudad



San Miguel, según el  
manuscrito de  
Antolinez de Burgos;  
procede de J. J. Martín  
González, "Dibujos de  
monumentos antiguos  
vallisoletanos")



en beneficio de los edificios más importantes; es decir, que se privilegió los palacios de los nobles (tenían casa en la calle los condes de la Vega del Sella, Alba Real y Cancellada, así como la marquesa de Tábara)<sup>13</sup>, en detrimento de los edificios de menor rango. Como señala el autor, Ventura Seco interpretó "más la imagen general que una reproducción fiel"<sup>14</sup>.

Antonio Ponz, autor del famoso *Viaje de España* de fines del siglo XVIII, incluye en su obra el primer plano geométrico de Valladolid, que José Luis Sáinz Guerra denomina "mudo" porque no incluye ninguna referencia a edificios singulares, calles u otro elemento. Pero, al mismo tiempo, el

suyo es el último testimonio de la iglesia de San Miguel, que fue derribada en 1777: las memorias gráficas previas habían sido obra de Ventura Seco y, sobre todo, el anónimo ilustrador de cierto manuscrito de Antolinez de Burgos, el primer historiador de la ciudad.

Para recordar ese hecho, he copiado el texto que le dedica Juan Agapito y Revilla, incluida una sustanciosa memoria histórica desde fines del siglo XV<sup>15</sup>. Tomando como punto de partida el coetáneo *Cronicón de Valladolid* del Doctor de Toledo, hace memoria de que en 1489 se quemó parte de la iglesia de San Miguel, que la capilla mayor (o la nave mayor, como sugiere) se había hundido

---

<sup>13</sup> ID., *ibidem*, p. 62, con un expresivo gráfico

<sup>14</sup> ID., *ibidem*, p. 69.

<sup>15</sup> AGAPITO Y REVILLA, *Las calles de Valladolid*, pp. 434 y 436)



más de veinte años atrás, y que en 1497 la reedificaron a sus expensas el doctor Portillo y el comendador Bobadilla, dos miembros de la corte de los Reyes Católicos. Enfatiza que no fueron éstos últimos, desmintiendo a Antolínez de Burgos, que aportaba como prueba la imagen del arcángel con las armas reales. “Lo del escudo de armas de los reyes que luciera San Miguel en su ‘pavés’ –opina–, no quería decir que ellos la reconstruyeran, sino que en su tiempo se hizo la obra, como se observa, por no citar más que monumentos de la época, en las fachadas del colegio de Santa Cruz y del de San Gregorio, y se observó en la portada de la Universidad antigua, la que daba a la calle de la Librería”. Es una idea a matizar, opino. Como mínimo, sería una nueva muestra de la implantación política y social de los Reyes Católicos en su época; pero no se descarta que éste no fuera un dato más o menos vago, sino una forma de representar el patronato regio sobre cada institución.

“Al ser expulsados los jesuitas –continúa Agapito y Revilla–, y encontrarse las iglesias de San Miguel y San Julián asaz ruinosas, nada mejor que trasladar las dos parroquias a la iglesia de San Ignacio. Y el 11 de noviembre de 1775, pasaron a ésta los santos de San Miguel y San Julián, sin campanas”. Lo que sigue, que el autor copia de otra fuente, describe una procesión singular, pues se trata de un traslado de domicilios a lo sagrado, donde las imágenes parecen cobrar vida sin ninguna mediación humana:

“... Salieron de San Miguel el santo delante, después nuestra señora del Rosario y detrás la de la Cerca, y la última la de la Esperanza, y fueron por el rótulo de Cazalla a San Julián, donde tenían en andas a los santos y a nuestra señora de la Compasión. Esta la llevaron primero y pusieron a los dos santos San Julián y Santa Basilisa detrás de nuestra señora del Rosario, en donde estaba ya puesta la pila bautismal, y San Miguel en el altar mayor, donde estaba San Ignacio, y encima del tabernáculo pusieron a los dos santos San Julián y Santa Basilisa”, de suerte que “quedó así la iglesia de San Ignacio convertida en Parroquia de San Miguel y San Julián”.

### *La destrucción del patrimonio*

Agapito y Revilla concluía su relato sobriamente: “A mediados de septiembre de 1777 empezaron a demoler las iglesias de San Miguel y San Julián, dejando aquélla su solar para mayor diafanidad y amplitud de la plazuela...”. Y añade que se estableció que la plaza debía mantenerse como un espacio público.



Palacio del marqués  
de Frómista en trance  
de derribo; Urrea  
Arquitectura y nobleza



Este uso es lo único que no ha cambiado en la plaza desde entonces. Aunque debe señalarse que los cambios se han precipitado sobre la plaza después de que Agapito escribiera su libro, ochenta años atrás. Lo cierto es que la plaza de San Miguel es una biopsia de la ruina del patrimonio arquitectónico que Valladolid ha conocido en tiempos recientes.

Todo el escenario que rodea la plazuela ha sido transformado de forma radical. Desaparecieron el palacio del marqués de Frómista y la casa de los Gardoqui —como refleja junto a tantos otros edificios el libro de Jesús Urrea, la más gráfica y lacerante de las memorias urbanas<sup>16</sup>.

Y también todas las demás casas, que habían dado cierto tono de patio de vecinos o parque de recreo a este lugar<sup>17</sup>. Por resumir de modo eufemístico, se diría que el círculo de edificios con que topa el viandante refleja medio siglo de arquitectura urbana española en toda su variedad. Por hablar más precisamente, son llamativos su abigarramiento y desproporción (tanto si se trata de los materiales como de los volúmenes o las formas). Lo peor es que no es un caso aislado: ha terminado por ser un hecho común en nuestra ciudad (o en nuestras ciudades), para sorpresa de cualquier viajero cultivado que llegue a Castilla con la mejor voluntad de disfrutar de su historia.

---

<sup>16</sup> Sobre estos dos edificios, URREA, *Arquitectura y nobleza*, pp. 271-275.

<sup>17</sup> Al término de la conferencia se me acercó uno de los asistentes. Había habitado en una casa de la plaza de San Miguel hasta cumplidos los 28 años y ahora, después de jubilarse, vivía en la cercana plaza de los Arces. Se sentía feliz de estar de nuevo en su barrio. Le había emocionado la fotografía de Cacho que muestra el palacio de Frómista en trance de derribo un día cualquiera, con gente que transita. “Debe ser entre 1956 y 1958”, comentó. Pero su interés tenía razones aún más personales: “Quien monta la vespa de la foto —vino a decirme—, es mi padre o soy yo. Nadie tenía vespa por entonces. Pero necesitaré contemplar la imagen con detalle”. Él se veía jugando de niño en la plazuela, y recordaba particularmente las fiestas que se celebraban allí por San Antonio de Padua. Había hogueras y verbena. Una orquestina se ponía a la puerta de la taberna “del Candorro”, conocida también como “de los gemelos”, pues la regentaba cierto Guillermo con ayuda de sus dos vástagos. Confío en que mi nuevo amigo haya satisfecho su curiosidad y le agradezco profundamente el testimonio; me pidió que no figurara su nombre y he respetado su deseo.



Estas preocupaciones han constituido para algunas personas su agonía diaria, en el sentido con que Unamuno reeditó esta palabra. De nuevo acompañar a Juan José Martín González, a quien se había encargado en 1966 de redactar nada menos que “un programa para la defensa y puesta en valor” de los monumentos de la ciudad. “La ciudad de Valladolid –planteaba–, ha experimentado en los últimos tiempos un notable crecimiento. Se han ensanchado los barrios, pero el casco histórico también ha resultado muy afectado por los cambios”.

Sus reflexiones proseguían con las incongruencias del plano urbano, o cómo adoptar las medidas menos contrarias a la subsistencia de una vieja ciudad que todavía veía focalizada en la plaza de San Miguel. Si “la colisión entre el rígido sistema de rectas y el de curvas es fácilmente perceptible” [en la ciudad], “la construcción de inmuebles se lleva a efecto –salvo excepciones–, sin prestar la debida atención a los caracteres históricos de las zonas”. A lo que añadía, *last but not least*, cierta denuncia: que “la edificación de la ciudad de Valladolid, como en todas las ciudades españolas, está azotada por el morbo de la especulación de los solares, lo que dificulta la salvación de los antiguos inmuebles de valor histórico”<sup>18</sup>.

De éste al siguiente texto suyo que voy a comentar pasaron veinte años y las circunstancias variaron, como se sabe. “Desde 1939 a 1986 –escribió–, se ha seguido una trayectoria que va desde el planteamiento inicial de no contar con la ciudad histórica, a una estimación presente que intenta conservar, valorar y poner en uso los caudales aportados por la historia”. Al menos se aprecia un cambio de actitud desde los poderes públicos y privados, aunque el panorama sea desolador por la tradicional miopía de unos y otros. Pues “Valladolid fue primeramente considerada como una ciudad con escaso suelo edificable, que debía aumentarse a costa de calles y edificios” y como consecuencia “la ciudad se ha desfigurado [y] ha perdido además el rango distinguido que correspondía a la esencia histórica. Esto es ya irrecuperable”.

A partir de ahí, él escogía una opción posibilista, esperanzada, práctica: a saber, qué tenemos, cuánto vale, cómo influiremos en su beneficio, que es el beneficio de la cultura y de la ciudad. Esto es lo que destilan las líneas inmediatas, donde se expresa el hombre convencido: “...hay que asumir la realidad presente para poder hacer una oferta a la sociedad actual. Valladolid tiene un elenco de pequeños núcleos con su ambiente. Alguno –incluso–, es excepcional, como

---

<sup>18</sup> MARTÍN GONZÁLEZ, *Valladolid en sus monumentos*, pp. 11-12



*San Agustín, PMS*

el formado por el convento de San Pablo y el Colegio de San Gregorio... Lo que poseemos ahora está minuciosamente recogido en el catálogo monumental. Desde este punto de vista, la realidad es mucho más optimista, Valladolid posee un conjunto de monumentos artísticos que, por su número y calidad, le conceden un puesto distinguido en el panorama nacional... El patrimonio de que se dispone es de la más diversa índole. Empieza por los fragmentos que han escapado a la desaparición insertándose en nuevas edificaciones... Son abundantes las muestras de arquitectura palacial. Pero predominan los edificios religiosos: catedral, parroquias, iglesias de cofradías y conventos... Cumplido el penoso deber de historiar una odisea urbanística y arquitectónica, éste es el Valladolid que tenemos que amar e impulsar<sup>19</sup>. Sólo añadiré que leer aquí “odisea” me sugiere que quiso escribir “pesadilla”.

---

<sup>19</sup> MARTÍN GONZÁLEZ, “La ciudad monumental entre 1939 y 1986”, p. 190.



### 2.3. Conservar, recuperar, recrear

Llego al final de la mano de tres verbos con que deseo resumir una herencia activa. Es necesario conservar los edificios históricos, asegurando su mantenimiento ordinario. Se comprueba la utilidad de recuperar elementos constructivos y decorativos; con ellos que han formado a modo de pequeños “parques arqueológicos” antes de que esa noción se usara. No sólo son venerables *membra disiecta*: eventualmente, han sido recreados en su lugar de origen, como ocurre con la arquería del convento de San Agustín, reinstalada donde hoy está nuestro flamante archivo municipal.

Pero no me moveré de la plaza de San Miguel, que ha vivido un momento de actualidad y que puede resumir, en un sentido diferente, otro tipo de evolución: la que conduzca a la colaboración para desarrollar un plan de análisis de lo que en algún país vecino se llaman “los archivos del suelo”. Hace nueve meses, un titular de prensa bautizaba a la propia plaza de San Miguel como “la ‘sima de los huesos’ vallisoletana”, comparándola con el más famoso de los yacimientos de la Sierra de Atapuerca<sup>20</sup>. Ya se ha indicado que la iglesia más antigua de la ciudad ocupó ese espacio hasta que fue derribada; por esos días comenzaba la remodelación terminada recientemente. Bajo el titular, sin embargo, las expectativas no eran tan gloriosas; se dudaba de la entidad de los hallazgos y el periodo de trabajos quedaba limitado por el calendario del propio proyecto de urbanización de la plaza. Sólo un mes más tarde, una segunda noticia confirmaba el desencanto. Había una visible disparidad entre lo que se creía saber por los relatos de antiguos eruditos y lo que afloraba en la excavación: muros sin comienzo ni fin, más arrasados aún de lo que se imaginó. A mitad de julio, un nuevo informe hacía balance de los trabajos a punto de finalizar. Se había podido situar la iglesia y definir sus dimensiones<sup>21</sup>. Se había comprobado la intensidad de la tarea de desmantelamiento, que incluyó la remoción de cimientos. Se había verificado, en cambio, el respeto con que se trató en aquel momento a los cuerpos enterrados en el templo y su contorno.

---

<sup>20</sup> *El Día de Valladolid* [5 de febrero de 2009], p. 6: “San Miguel, la ‘sima de los huesos, vallisoletana”.

<sup>21</sup> *El Día de Valladolid* [13 de julio de 2009], p. 5, “Los arqueólogos delimitan el perímetro de la antigua iglesia de San Miguel”. El edificio, de 34 x 17 m., estuvo alineado por su lado sur con las calles de San Blas y Doctor Cazalla.



Vestigios  
de la “cerca vieja”  
en el cruce  
de la calle Esgueva-  
Angustias, PMS

Estas noticias proponen ciertas reflexiones. Por ejemplo, sobre el riesgo de informar de una excavación que está comenzando. Al final, el yacimiento carga con la responsabilidad de no poseer lo que nunca se afirmó que hubiera, e incluso se busca justificar la urgencia por acabar la labor. Pero las excavaciones de San Miguel han deparado más, y son una sugerencia palpitante para la colaboración entre diversas disciplinas en el marco del núcleo más antiguo de la ciudad.

Un núcleo, por cierto, al que no se ha dedicado la atención que los grandes monumentos de la ciudad han atraído. El trabajo arqueológico de los años 1980-1990 se detuvo literalmente en una de sus puertas, la que fue conocida otrora como “puerta de la Peñolería”, cuyas defensas y muro dejó dibujados en el el suelo.

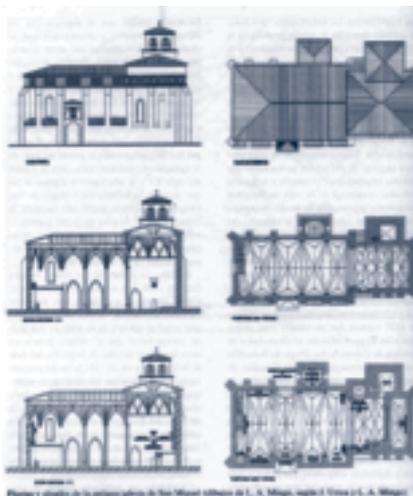
Ha tardado mucho hasta que un periódico local dio cuenta del hallazgo de “utensilios domésticos de los siglos XII y XIII” en un solar de la calle San Antonio de Padua inmediato a la plaza de San Miguel. Con los materiales recuperados de varios silos, se podrían reconstruir más de sesenta cacharros de cocina y todo un repertorio de formas cerámicas; los restos de fauna y las muestras de tierra orgánica, por su parte, contribuirían a precisar la dieta del vecindario de tiempos tan lejanos<sup>22</sup>. No es la arqueología deslumbrante, pero sí la que informa de la vida de la gente común: la imprescindible arqueología de lo diario.

---

<sup>22</sup> El Día de Valladolid edición digital [11 de junio de 2007]



Al hilo de esta campaña, Javier Moreda había comentado el interés de excavar en San Miguel. Recientemente, el aviso de las obras en la plaza movilizó a esta Academia. En el penúltimo número de su revista, Luis A. Mingo y Jesús Urrea han publicado un artículo con objeto de “aportar al municipio un estudio de carácter histórico y arquitectónico sobre el edificio que en el pasado presidió la plaza”, al tiempo que proponían el rescate arqueológico del sitio, instando al Ayuntamiento a renunciar a modelos de actuación “que maquillan la fisonomía urbana pero que no aportan visiones alternativas o pedagógicas”<sup>23</sup>.



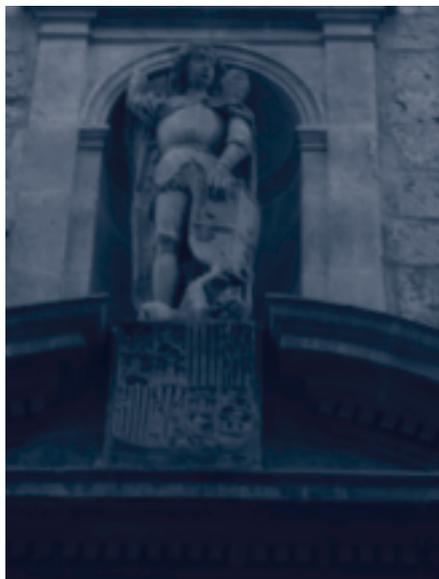
*Propuesta de planos y alzado de la iglesia de San Miguel por Mingo y Urrea, “La antigua iglesia parroquial de San Miguel en su plaza de Valladolid”*

Este trabajo incide en el profundo significado de la iglesia en la vida local. Fue la iglesia concejil por excelencia, pues guardaba el archivo de la villa en su presbiterio y sus campanas pautaban la vida colectiva. Por otra parte, destaca la importancia de las obras que se acometieron en la última década del siglo xv. En realidad, el más preciso de los dibujos del siglo xviii sugiere que el aspecto de la iglesia hasta su derribo reflejaba la profunda reforma de tiempos de los Reyes Católicos<sup>24</sup>.

Con los datos disponibles, Luis A. Mingo y J. Urrea han contribuido a restituir la planta y alzado del templo, al mismo tiempo que enfatizan cierto dato: que a la iglesia de este momento perteneció la estatua del arcángel que corona la portada de la actual iglesia de San Miguel. Es decir, que esa imagen gótica del guerrero celestial cuyos pies decoran las armas de Isabel y Fernando es el vestigio más plástico de la iglesia. Sería llevada a su nueva sede una vez se trasladó a ella la titularidad de las parroquias de San Miguel y San Julián, o tal vez al tiempo de su derribo. Aunque de esta imagen no hable el informante de Agapito y Revilla, así debió suceder.

<sup>23</sup> MINGO Y URREA, “La antigua iglesia parroquial de San Miguel”, cita de p. 116.

<sup>24</sup> MARTÍN GONZÁLEZ, “Dibujos de monumentos antiguos vallisoletanos”, p. 41



Estatua de San Miguel sobre la portada de la actual iglesia de San Miguel

El estudio de Mingo y Urrea se publicó a punto de comenzar las últimas excavaciones. De hecho, sirvió de ayuda en la campaña. Pero el trabajo arqueológico realizado por Miguel Ángel Martín Montes ha abierto nuevas perspectivas. En particular, hay razones para suponer que el edificio tenía no una, sino tres naves; lo denota la posición de los pocos pilares cuyos fundamentos han podido exhumarse. Por otra parte, la variedad de formas de los pilares –cruiforme, octogonal, circular–, sugiere obras de distintas épocas a partir de los tiempos románicos. No es extraño. Cualquier iglesia

ha sido en realidad una obra viva; los gustos, la erosión del tiempo y los eventuales desastres han ido imponiendo su ley, como recordaba para el caso el citado *Cronicón de Valladolid*<sup>25</sup>.

Y vestigios de ese carácter de “obra viva” alientan incluso en sitios que han sido desmantelados tan radicalmente. En concreto, entre las piezas del yacimiento que he tenido ocasión de contemplar me llama la atención una clave de bóveda con el signo *IHS*, el nombre de Jesús. Ese motivo no fue una obviedad. En la primera mitad del siglo xv, el franciscano Bernardino de Siena había desarrollado una pastoral en torno al nombre de Jesús utilizando ese signo –engastado en lo que se llama el “sol eucarístico”–, al mismo tiempo que impulsaba fórmulas de crédito aptas para cualquier buen cristiano de la época –fórmulas que están en el origen de los montepíos–. A poco de su muerte fue canonizado. Su subida a los altares traducían el éxito de los franciscanos “observantes”, sus rigurosos hermanos

---

<sup>25</sup> Agradezco a Eloísa Wattenberg, directora del Museo de Valladolid, que me facilitara el repetidamente citado artículo de Mingo y Urrea, así como una excelente fotografía de la plaza en plena obra de excavación; ella la había recibido de José Delfín Val, de quien quedo también deudor. Además, debo a Fernando Pérez Rodríguez-Aragón, conservador del mismo Museo, una clarificadora sesión de fotos y comentarios del sitio arqueológico; me la brindó con la maravillosa combinación de buen tino, ironía y capacidad de síntesis que ya le caracterizaba cuando era estudiante.



*Excavaciones  
en la Plaza  
de San Miguel.  
Foto J.D. Val*

de religión, que propagaron fuera de Italia sus palabras y sus obras<sup>26</sup>. Entre ellos se contaba Fray Alonso de Espina, confesor del rey Enrique IV, un brillante predicador que dedicó 27 sermones a exaltar el nombre de Cristo en Valladolid durante el otoño de 1457, y que poco después se consagraba como el más celoso propagandista del antijudaísmo en los reinos de Castilla...

Desde luego, una clave de bóveda desenterrada del polvo no explica siquiera un momento de la historia de nuestra ciudad. Pero es un elemento de época, que puede servir para fechar cuándo se acometieron ciertas obras y qué clima las rodeaba. Aunque, sobre todo, suscita cierta reflexión si se conjuga con los otros datos. Que las lecturas de los arquitectos y urbanistas, de los arqueólogos, de los historiadores del arte y de los historiadores de la sociedad, necesitan combinarse. Que unas a otras se matizan, y que enriquecen la perspectiva de conjunto con la que debemos afrontar todo trabajo sobre el maltrecho casco histórico de Valladolid: esa perspectiva que necesitamos para argumentar en su defensa.

---

<sup>26</sup> “Soles eucarísticos” y “casas del cordón [franciscano]” proliferaron en las villas y ciudades de la Castilla entre los siglos xv y xvi. Ha desaparecido la que hubo en Valladolid. El ejemplo más espléndido de las que han sobrevivido es la famosa “Casa del Cordón” de Burgos, que fue palacio de los Velasco, Condestables hereditarios de Castilla. Entre los miembros de este linaje destaca Pedro Fernández de Velasco, el llamado “buen conde de Haro”, que en los años 1430 promovió en sus señoríos de la Rioja los primeros montepíos, y luego fundó a sus expensas varios conventos franciscanos y algunos oratorios en la Sierra de la Demanda. Sus descendientes, que incorporaron el nombre de “Bernardino” a la onomástica familiar, ensalzaron la memoria de fray Pedro Regalado en el convento de la Aguilera, no lejos de Aranda de Duero. Allí está la tumba del popular y riguroso franciscano que, andando el tiempo, también fue canonizado y se convertiría en patrono de Valladolid, su hogar natal, sustituyendo precisamente a San Miguel.



## Bibliografía

- JUAN AGAPITO Y REVILLA, *Las calles de Valladolid. Nomenclator histórico* (1937). (ed. facs. con introducción de Juan José Martín González, Valladolid 1982)
- SABINA ALVAREZ BEZOS y Agustín CARRERAS ZALAMA, *Valladolid en época de los Reyes Católicos según el alarde de 1503*, Valladolid 1998
- BARTOLOMÉ BENASSAR, *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Valladolid 1983 (1ª ed. francesa, 1967)
- JAVIER BURRIEZA SÁNCHEZ (COORD.), *Una historia de Valladolid*, Valladolid 2004
- GERMÁN DELIBES, Eloísa WATTENBERG, Zoa ESCUDERO, Jesús M<sup>a</sup> DEL VAL (coords.), *Arqueología urbana en Valladolid*, Valladolid 1991
- JUAN JOSÉ MARTÍN GONZÁLEZ, “Dibujos de monumentos antiguos vallisoletanos”: *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XIX (1953), pp. 23-47 + 32 láminas
- *Valladolid en sus monumentos. Una propuesta para su defensa y puesta en valor*, Valladolid 1967
- *[Catálogo Monumental, tomo XIII] Monumentos civiles de la ciudad de Valladolid*, Valladolid 1987
- “La ciudad monumental entre 1939 y 1986”, en *Arquitectura y urbanismo de Valladolid en el siglo XX, Historia de Valladolid, VIII-I*, Valladolid 1988, pp. 83-191
- JUAN JOSÉ MARTÍN GONZÁLEZ y Jesús URREA, *[Catálogo Monumental, tomo XIV] Monumentos religiosos de la ciudad de Valladolid (Parte Primera)*, Valladolid 1987
- JUAN JOSÉ MARTÍN GONZÁLEZ y Francisco Javier DE LA PLAZA SANTIAGO *[Catálogo Monumental, tomo XIV] Monumentos religiosos de la ciudad de Valladolid (Parte Segunda)*, Valladolid 1988.
- MIGUEL MARTÍN MONTES, *El alcázar real de Valladolid*, Valladolid 1995
- LUIS A. MINGO y Jesús URREA, “La antigua iglesia parroquial de San Miguel en su plaza de Valladolid”: *Boletín Real Academia de Bellas Artes de la Concepción*, n<sup>o</sup> 42 (2007), pp. 115-122
- ADELIN RUCQUOI, *Valladolid en la Edad Media*, Valladolid 1987, 2 vols.
- JOSÉ LUIS SÁINZ GUERRA, *Cartografía y ciudad. Las huellas de la ciudad en la cartografía de Valladolid hasta el siglo XIX*, Valladolid 1990
- JESÚS URREA, *Arquitectura y nobleza. Casas y Palacios de Valladolid*, Valladolid 1996